

Lafarga, F. & Pegenaute, L. (Eds.) (2016). *Autores traductores en la España del siglo XIX*. Kassel: Reichenberger. 592 pp.

En el campo de los estudios de traducción y afines, somos testigos, en la actualidad, de una serie de investigaciones sobre la traducción especializada, llámese ésta traducción jurídica, traducción e interculturalidad, traducción y traductología, traducción audiovisual (doblaje y subtitulación), traducción publicitaria y periodística, traducción científica y técnica, didáctica e historia de la traducción, traducción turística entre otros tipos de traducción. En menor proporción encontramos trabajos aislados de historia de la traducción, traducción comparada y (auto)traducción como mediación entre culturas.

Ahora, gracias a la activa y permanente actividad editorial y de investigación de los reconocidos profesores Francisco Lafarga (Lérida, 1948) y Luis Pegenaute (Asturias, 1965), en el libro que reseñamos encontramos 45 contribuciones de calidad, trabajos de exhaustiva investigación sobre la relación entre la creación y la traducción o mejor dicho, el escritor como traductor y el traductor como escritor. El libro no está dividido en capítulos, sino que encontramos los artículos distribuidos según la época de producción-traducción, o viceversa, de los autores seleccionados para su estudio.

En primer lugar habría que mencionar que todos los artículos propuestos están hilvanados de forma coherente alrededor del tema fundamental de la influencia de la labor como traductor en la propia creación literaria de escritores españoles en torno al siglo XIX.

Sobre la importancia de este estudio, a manera de presentación, los editores escriben el artículo *Hacia una poética de la traducción en la España del siglo XIX*. En dicho artículo afirman:

El estudio de la doble faceta de autor traductor en una sola persona (el escritor que traduce y el traductor que escribe) contribuye a una mejor conceptualización de la relación entre ambas actividades y una conciliación del estatus que por lo general han recibido, aminorando la distancia cualitativa que se suele asociar con ellas (una relación jerárquica, vertical, que equipara la creación literaria con la producción, la originalidad y la innovación y que relega a la traducción a una mera reproducción, imitativa y derivativa). En realidad, se trata de aproximarse a la escritura como una forma de traducción y a la traducción como una forma de escritura. (p. 5)

Ellos establecen tres grupos de autores-traductores a lo largo del siglo XIX: aquellos nacidos en el último tercio del siglo XVIII, los de la época romántica y aquellos nacidos a mediados de siglo con proyección hacia el siglo XX. Por otra parte, luego de cada investigación, se ofrece una relación completa de las traducciones de los autores-traductores y una bibliografía crítica.

Cabe señalar que cada artículo refleja un acucioso estudio y original ensayo sobre escritores que hasta entonces desconocíamos como traductores; este es el caso por ejemplo de Miguel de Unamuno. Así, en el artículo de Julio César Santoyo *Unamuno, traductor* se nos brinda una real visión del oficio de traductor que ejerció el escritor español. Santoyo da detalles de la faceta de traductor de Unamuno, afirmando que fue muy prolífico tanto en inglés como en alemán, además de traductor ocasional del danés, noruego, latín, griego, catalán, italiano y portugués. Resalta Santoyo la inclinación de Unamuno a emplear paralelismo textual (calco lexical y sintáctico) en sus traducciones, así como una gran cantidad de neologismos, es decir términos “hispanizados” a partir de vocablos en inglés cuya contrapartida en español no existía. También destaca la forma como influyó el quehacer de traductor en su propio estilo, sobre todo en el caso de la traducción de la obra de Carlyle.

Otro artículo de sumo interés es el de Juan Miguel Zarandona titulado *Marcelino Menéndez Pelayo, erudito, poeta y traductor*. En este, el autor destaca el interés que se ha tenido siempre en señalar a Menéndez Pelayo como polígrafo, erudito, filólogo, editor, filósofo, etc., pero de ninguna manera “traductor”. Zarandona reflexiona sobre la personalidad de Menéndez Pelayo desde la perspectiva del estudioso de la traducción y como traductor. Así, menciona que en diversos momentos de su vida y de su trayectoria académica y profesional, le interesó la historia de la traducción, la recopilación de datos, tanto de obras como de traductores, siendo sus obras más importantes *Biblioteca de traductores españoles*, *Traductores españoles de “La Eneida”*, *Bibliografía hispano-latina clásica: códices, ediciones, comentarios, traducciones, estudios críticos, influencia de cada uno de los clásicos latinos en la literatura española*, entre otras. Zarandona también explica que Menéndez

Pelayo fue un “traductor-creador que combinó con gran destreza sus traducciones de poesía con sus propios versos, en los mismos libros y formando un todo armonioso.” (p. 513). Cabe añadir por otra parte que Menéndez Pelayo escribía sus comentarios sobre la forma en la que había traducido, sustentando la idea de conservar el sabor del original y hacer más que una traducción interlineal, una traducción literaria en el caso de las obras de Shakespeare por ejemplo.

Por su parte, Francisco Lafarga estudia largamente a Teodoro Llorente y presenta el artículo denominado *Teodoro Llorente: obra traducida y actividad literaria de un poeta-traductor*. Comienza el autor recordando el gran prestigio y fama que tenía ya en su tiempo Llorente como traductor, a quien se le conocía con el apelativo de “príncipe de los traductores poéticos en la era moderna”. Aquí, el mismo Llorente postula su metodología como traductor de textos poéticos en su traducción de *Fausto*, advirtiendo la necesidad de traducir en verso los poemas, rescatando el ritmo y la rima. Lafarga presenta una rigurosa investigación sobre las obras traducidas por Llorente, clasificadas tanto por la época como por las lenguas de partida. También anota, a partir de su labor como traductor, la nítida influencia que tuvo en la redacción de sus propios poemas.

El mismo Francisco Lafarga escribe otro artículo: *Creación, reescritura y traducción en la obra de Juan Eugenio Hartzenbusch*. En dicha investigación Lafarga destaca el hecho que *Hartzenbusch* llega a la creación de obras originales luego de transitar por el camino de la traducción. Entre los autores que tradujo Hartzenbusch se encuentran Molière, Voltaire, Scribe, Alexandre Dumas y Victor Hugo, entre otros. En este artículo se presenta a un traductor original y maestro indiscutible del procedimiento de la “refundición” entendida como “reescritura”, la cual consiste en alterar notablemente la versión modificando por ejemplo el nombre de los personajes, los espacios narrativos, etc. con la intención de darles un matiz más español. Lafarga también reconoce en Hartzenbusch su actividad como crítico de traducciones ajenas.

Luis Pegenaute presenta también dos artículos: el primero titulado *Apología política, didacticismo y ortodoxia católica en la obra de creación y traducción de Juan de Escoiquiz* y el segundo, *De Larra a Ramón de Arriala: entre creación y traducción*. El primero es un estudio sobre la escritura y traducción del canónigo toledano Juan de Escoiquiz. El autor destaca una serie de obras traducidas por Escoiquiz de índole didáctica, moralizadora, con connotación religiosa y en su mayoría destinada a los niños, como por ejemplo *El amigo de los niños* de Sabatier, *Lecciones elementales de Historia Natural* de Louis Cotte, *Tratado de las obligaciones del hombre en la sociedad* (autor desconocido). También nos hace un recuento sobre las traducciones de corte literario como *Paradise Lost* de John Milton y las obras de Edward Young. Aquí la labor de traducción responde a una necesidad patriótica según el religioso, pues no se contaba con versión alguna en español. Cabe resaltar cómo el autor de este artículo, Luis Pegenaute, profundiza en los aciertos y desaciertos cometidos por el traductor. Señala por ejemplo la transformación del texto original realizada por “razones ideológicas, lograda mediante supresiones y sustituciones de material textual original por aportaciones de cosecha propia” (p. 22). Más tarde, Pegenaute se referirá a la producción literaria de Escoiquiz, en la que sobresale indudablemente su poema épico *México conquistada*. Concluye nuestro autor afirmando que tanto en la obra de creación como de traducción de Escoiquiz se observan similitudes en cuanto a las referencias religiosas, mitológicas y clásicas.

En el segundo aporte, *De Larra a Ramón de Arriala: entre creación y traducción*, Pegenaute nos entrega un estudio minucioso sobre el papel de crítico de traducciones de obras teatrales que tuvo Mariano José de Larra. Una contribución digna de resaltar de este autor, según Pegenaute, es la construcción de una auténtica poética de la traducción literaria, en especial, de la teatral. Indica asimismo que Larra se dedicaba a la traducción con la finalidad de ejercitar su propia pluma. Nos relata sobre la actitud de Larra frente a la importancia de la traducción de obras dramáticas francesas, las cuales adaptaba al público español señalando también que lo más importante para traducir obras de teatro era saber de teatro antes que tener un vasto conocimiento de lenguas. Uno de los dramaturgos que más tradujo fue Scribe.

Otro artículo sumamente interesante es el escrito por Elena Serrano Bertos, titulado *La traducción teatral de Jacinto Benavente o la fidelidad al espectador*. Aquí la autora estudia la ingente obra del célebre dramaturgo madrileño Jacinto Benavente, quien llegó a obtener el Nobel de Literatura en 1922. También subraya su significativa labor como traductor y adaptador de obras teatrales extranjeras. Entre lo más destacable encontramos una reflexión sobre el trabajo de adaptación cinematográfica del Hamlet de Shakespeare. Aparte de este escritor inglés, también fueron sujeto de

traducción por parte de Benavente, las obras de Molière y Dumas. De otro lado, Serrano señala que entre los recursos más empleados por el traductor de obras teatrales se encuentra la eliminación de escenas y de personajes y, en algunos casos, también recurrió a la eliminación de elementos que pudieran provocar polémica y rechazo por parte del público. Así pues Jacinto Benavente en su papel de traductor se había orientado hacia la domesticación de las piezas teatrales y con frecuencia cambiaba el nombre de los personajes adaptándolos al gusto del público español. Asimismo, redujo o eliminó las partes del original donde había carga ideológica. Dichas estrategias fueron empleadas hasta las primeras décadas del siglo XX.

Otro traductor que se consolidó en el género teatral según María Jesús García Garrosa en su artículo *José María de Carnerero: la traducción como forma de creación*, fue justamente el crítico literario madrileño Carnerero, quien combinaba su quehacer creativo con el de periodista y editor de importantes publicaciones.

Este libro denso en contenido, nos ofrece un amplio panorama de los escritores traductores o traductores procedentes de España que durante el siglo XIX se dedicaron a la producción literaria. Está dirigido en especial a un público conocedor o especialista del campo de la traducción, crítica de traducción y especialmente historia de la traducción. Un libro que indudablemente no puede faltar en ninguna biblioteca.

Rosario Valdivia Paz-Soldán

Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú
charysoldan@hotmail.com